

Otra vez, tierra de acogida

Vicenç Villatoro, escritor y periodista (EL PERIODICO, 12/04/05)

La inmigración extranjera representa ya casi el 10% de la población de Catalunya, según datos del Instituto Nacional de Estadística. Un porcentaje considerable, creciente y que hace que prácticamente recaiga sobre la inmigración todo el incremento de población del país. Unos 650.000 extranjeros empadronados en Catalunya, la inmensa mayoría extracomunitarios.

La cifra es muy importante, pero no debería impresionarnos especialmente. Catalunya ha sido durante todo el siglo XX un país de inmigración, un país que ha crecido de población gracias a la llegada de muchas personas nacidas fuera. Una natalidad tradicionalmente baja y una fuerza de atracción hacia fuera de su modelo económico y social ha hecho que el peso de la inmigración en la demografía catalana sea comparable al de países como Canadá, Australia y Argentina. **Anna Cabré** ha documentado perfectamente, al analizar el modelo demográfico catalán, cómo a lo largo del siglo XX --no sólo en los años 50 y 60--, la sociedad catalana ha atraído e integrado socialmente a numerosos contingentes de inmigrantes. El resultado es la Catalunya actual, en la que son escasos los catalanes que no tengan alguno de sus abuelos nacido fuera de Catalunya. Se ha escrito que, sin inmigración, con solo un crecimiento demográfico vegetativo, la Catalunya que empezó el siglo XX con unos dos millones habitantes lo habría acabado probablemente con tres millones. Lo acabó con seis. El peso cuantitativo de la inmigración ha sido, por tanto, extraordinario.

Cuantitativamente, los porcentajes y las cantidades de personas nacidas fuera que nos aporta la nueva inmigración no son una novedad. En tantos por ciento, son ni tan siquiera las principales oleadas en los últimos cien años. Catalunya ha sido en el siglo XX tierra de acogida, y el resultado ha dado una notable cohesión cultural y una excelente cohesión social. ¿Significa esto que, ante la nueva inmigración, no tengamos que generar reflexiones nuevas ni políticas nuevas, que resolveremos los hipotéticos problemas que se planteen confiando en nuestra tradicional capacidad de integración? Personalmente, creo que no. Ante la nueva inmigración hemos de generar políticas y reflexiones nuevas. Que no nos sirva, sin más, nuestra experiencia histórica, que no es suficiente el piloto automático de un país con capacidad de acogida.

LOS RETOS que impone la nueva inmigración son más bien cualitativos. No es mucho mayor que las anteriores, pero es distinta. No sólo aquí, en todas partes, también en el conjunto europeo. El demógrafo francés **Gérard-François Dumont** decía hace muy poco en Barcelona que los cambios mundiales en las comunicaciones daban a la nueva inmigración unas características inéditas. Primero, los inmigrantes pueden venir de mucho más lejos. En términos geográficos, gracias a la revolución de los transportes, pero también en términos culturales, religiosos, de referencias y de visiones del mundo. Por decirlo así, los nuevos inmigrantes no son más, pero son más distintos. Por otra parte --añadía **Dumont**--, un inmigrante tailandés en el centro de Francia puede, hoy, comer cada día comida tailandesa, ver la televisión tailandesa, hablar cada día con su familia en Tailandia... Puede vivir en el centro de Francia sin cambiar profundamente sus hábitos, sus costumbres. El inmigrante no vive ahora, como el italiano en América en el siglo XIX, una inmersión en una realidad nueva, sino que puede mantener lazos permanentes con su origen, por las tecnologías de la información.

Este carácter distinto de la nueva inmigración plantea otros retos. No es sólo un problema de número o de porcentaje. Con porcentajes similares, los retos son más grandes. Sobre todo, los que hacen referencia a un bien esencial en todos los países: la cohesión social. Que no es incompatible con el derecho a la diferencia, pero que precisa de unos elementos compartidos, comunes, de unas reglas del juego aceptadas por todos, de unas bases de identidad y de reconocimiento colectivo que sean transversales al conjunto de la sociedad. En las nuevas condiciones, con inmigrantes que proceden de más lejos y con la posibilidad de vivir en contextos culturales no marcados por el espacio geográfico, la cohesión social es más complicada.

CATALUNYA ha demostrado en el siglo XX que es una buena tierra de acogida. Ser tierra de acogida no significa ser tierra de paso. Ni tierra de acampada. Significa, a través de la palabra que consideremos más oportuna, participar, integrarse, formar parte. La acogida supone un cierto grado de integración. Catalunya en el siglo XX ha sido tierra de acogida --también en este sentido de sociedad integradora-- para muchos millares de personas. Pero esta experiencia de integración, con ser muy importante, no es por sí misma una garantía de la cohesión social futura. Porque el problema de la integración no es estrictamente numérico. No es un problema de porcentaje, aunque éste sea muy importante. Puede serlo también de distancia, de aislamiento cultural, de impermeabilización voluntaria o forzada. Los mecanismos con los que Catalunya ha integrado su inmigración del siglo XX pueden no ser suficientes para la del siglo XXI.

Un país no es la convivencia --más o menos tolerante-- de comunidades que se ignoran conviviendo sobre un mismo territorio. Un país necesita unas normas compartidas y un cierto proyecto común. Un país necesita mantener la cohesión social. Catalunya ha atravesado un siglo XX de enormes inmigraciones sin perderla. Necesitamos mecanismos nuevos porque acoger es algo más que abrir la puerta. Y es algo más que soportarse cuando se ha atravesado la puerta. Acoger es, en una medida u otra, integrar. Nos vuelve a tocar, por tanto, ser tierra de acogida.